

De la mano del rock, por la vía del padre Estado, la madre Medios y el espíritu gratuito

JOSÉ ENRIQUE PLATA

Pasado el fervor (y el hedor) de la fiebre del rock en español de los años 1987 y 1989, algunos continuaron con la idea de tocar en bandas y hacer discos. ¡Continuaron componiendo canciones, grabando, tocando en vivo en Colombia o fuera de ella y hasta rodando videos! Nada que una banda común y corriente no quiera hacer, cualquiera que sea el estilo que tenga. Y casi veinte años después, siguen con esa idea, ahora adaptada a las posibilidades tecnológicas de grabaciones caseras, prensajes en CDR y hasta videos que cuelgan en páginas de Internet. Algunos siguen, otros seguirán, otros dejaron atrás el tema y tal vez otros empezarán el ciclo en unos años. Entre no tener y tener rock, mejor tenerlo. Que sea ahora quien lea el que escoja su final, adaptado a estos tiempos de interacción.

Había, ¿pero no se sabía?

A finales de los ochenta ya sonaban en la radio juvenil colombiana artistas de Argentina, Chile, España, México o Venezuela que cantaban en la lengua de Cervantes. ¿Por qué no iban a sonar los jóvenes que hacían eso aquí? Había que darle una etiqueta creíble, mercadeable y fácil de recordar a la música joven. Al fin y al cabo los publicistas hablan de “nuevo”, “distinto”, “joven”, “diferente” y “actual” de una manera u otra. Y si la música era el objeto a mercadear, el rock en español como producto de consumo tenía que tener producto nacional. Había que hacer que el público creyera que aquí sí había material musical y artístico tan interesante y necesario como el que llegaba de otros países por el correo de las brujas. Había que ofrecer la novedad, así ya se supiera que era vieja. Los jóvenes colombianos que-



rían consumir la música que hablaba por ellos y era hecha por ellos. Las grabaciones en casete de la elegante compañía Secret Sound Studio (ubicada a las salidas de las universidades) endulzaron nuestros oídos con muchos discos que jamás se publicaron en esta linda finca llamada Colombia. Cabe recordar cómo los casetes TDK, Sony o Pioneer rotulados con una imagen similar a la de Walt Jabsco de los discos del sello Two Tone Records lograron estar presentes en toda una generación de escuchas. Ya tenían algunas grabaciones de grupos nacionales a finales de los ochenta y comienzos de los noventa. Discos que sirvieron además como motor sonoro o de inspiración de bandas que en cada ciudad tocaban para públicos pequeños.

No olvidemos además los mercados musicales de la calle 19 de Bogotá o de La Playa de Medellín, bastiones de la independencia, con discqueros dispuestos a viajar a otros países para traer eso que no se conseguía por acá y que tampoco se iba a publicar. Y algunos de ellos, aventurándose a hacer prensajes independientes, apostaron por el rock nacional. Publicaron documentos sonoros más que prensajes gigantes para llenarse los bolsillos. Algunos de estos discos son ya objeto de colección dentro y fuera del país.

En esos años vimos cómo el “rock en tu idioma” abanderó una cruzada para descubrir lo que tiempo atrás ya había, para exhibirlo como un trofeo de caza. Cazando talentos en forma de bandas. Gritando a los cuatro vientos que aquí había música cantada en nuestra lengua y que hasta ahora se daba a conocer. Publicando y promocionando a los cuatro vientos la existencia del

rock en el país; más por un afán de llenar un vacío en el contenido de las estanterías de las tiendas que por darle un espacio real a los artistas. Ciertamente es que en español y en Colombia a finales de los ochenta, YA había rock, punk, *hardcore*, *heavy metal* y más sonidos hechos antes de esa etiqueta que los quería abanderar. Algunos de esos nombres nos recuerdan a La Pestilencia, Kraken, Estados Alterados, Delia y Los Aminoácidos, Compañía Ilimitada, Código, IRA, Sociedad Anónima, Hora Local, Darkness, Pasaporte, Distrito Especial, Alerta Roja y otros que alcanzaron a sonar en los diales radiales de aquella época. Si pensáramos que la condición para existir era sonar en radio, casi todas estas bandas lo hicieron, mientras el fervor duró.

Daba gusto escuchar los listados de éxitos juveniles para descubrir que allí estaban los artistas que Codiscos, CBS, Philips y Fuentes, aprovechando el momento, nos ofrecían. Aun si Colombia vivía el momento de la narcoviolencia, qué mejor que seguir resistiendo con rock, contestando con humor o con ganas de hacer que la gente pensara con letras y canciones. Hacerse notar en los medios ya no era tan complicado. Algo estaba pasando, porque las bandas se hacían visibles y estaban presentes en la prensa. La radio incluía estos temas en su programación diaria y hasta los grupos aparecían en los programas musicales de la época (*El Show de las Estrellas*, etc.).



INTEGRANTES DEL GRUPO LA PESTILENCIA



INTEGRANTES DEL GRUPO DELIA Y LOS AMINOÁCIDOS



Tocando y apareciendo no es lo mismo que diciendo y haciendo

El panorama era el mejor si vemos cómo se llenaban los medios con espacios para estos jóvenes, que mojaban prensa al igual que los problemas del acontecer nacional en periódicos y revistas, en algunos espacios de radio y milagrosamente en la televisión. Nadie iba a ser primera plana, pero uno que otro artículo, entrevista o recomendación se hacía y nadie se ponía bravo por eso. El periódico *El Tiempo* mantuvo la "Página del rock" hasta bien entrada la década de los noventa, la revista *Cromos* tuvo la sección "Cromo-rock" hasta 1994, *Revista Diners* tuvo entre 1992 y 1993 una sección llamada "Gente OK", donde se hacían notas sobre diferentes temas (entre ellos rock), el extinto periódico *La Prensa* tuvo una sección llamada "Planeta Elvis" dedicada al rock, que publicó los viernes durante su existencia en la década pasada. Y también, fanzines o revistas universitarias, como *El Exterminador*, incluyeron notas sobre el rock nacional.

Había un pequeño circuito de bares donde se podían ver bandas en vivo. Los refugios naturales de la movida independiente y alternativa tuvieron nombres como Barbarie, Barbie, TVG, Boli Bar, La Floristería, Vértigo, Campo Elías, Vena Arterial, Rotten Rats, Transilvania, Kalimán, As-



De todos modos, mírese por donde se mire, se diga lo que se diga de él, es la más grande reunión de rock nacional que año tras año se lleva a cabo. Muy seguramente es la mayor cantidad de público reunido que una banda de rock nacional tenga durante su vida artística.

trolabio, Chapinero Mutante y más. Eran los únicos espacios para ver presentaciones de bandas nacionales, porque la oleada de grandes eventos tipo "Concierto de Conciertos" ya había pasado tiempo atrás y las ocasionales visitas de artistas extranjeros al país eran más una rareza que una certeza. Las bandas tocaron en estos bares por varios años (1988-1994). Se suponía que algo en el rock nacional estaba pasando, porque aparte de las bandas y las apariciones en prensa, el Estado se interesaba por las expresiones juveniles y hasta una compañía discográfica se dedicó a buscar los talentos más representativos de aquellos años noventa para prensarlos y promocionarlos.

La sala Oriol Rangel del Planetario Distrital de Bogotá presentó entre los años 1992 y 1994 ciclos de conciertos de nuevas músicas, donde se presentaron bandas como Nueve o 1280 Almas. Había nuevos talentos de los que se podía hablar como El Zut, Enchiladas Atómicas, Frankie ha Muerto, Señora Rosa, Eskape, Le Kaffage, Hangar 27, Carpe Diem, Neurosis, Morfonia, Yuri Gagarin, Marlohábil, Danny Dodge, Agony, etc., ya con mejores posibilidades dentro del mundo musical subterráneo colombiano, publicando algunos casetes, algunos vinilos y hasta los primeros discos compactos de rock nacional.

Y quién lo iba a creer... Una compañía discográfica multinacional publicó a tres bandas nacionales. Fueron ellos 1280 Almas, La Derecha y Aterciopelados, apadrinados por el sello Culebra de la compañía BMG. Prometía ésta ser la vitrina de las bandas nacionales que estaban dando de qué hablar en bares y pequeños conciertos y que además se iban a presentar junto a otras del continente que representaban la nueva sangre del



rock. Tiempo después nos enteraríamos que una cuarta banda, llamada Lákesis, nunca tuvo un disco publicado por aquellos manejos burocráticos de la compañía.

Sigamos con la esperanza (porque es gratis)

Cuenta la historia que, debido a ese destacado movimiento embrionario de comienzos de los noventa, más personas empezaron a interesarse, y dos hechos importantes se presentaron para darle más carbón a esta locomotora musical. El primero de ellos comienza en 1995, cuando la Frecuencia Joven de la Radio Nacional (la Radiodifusora) hace su aparición en el espectro radial, ofreciendo el espacio para que todos aquellos sonidos no convencionales que no iban a entrar a las radios que se decían rockeras pudieran hacerlo. Toda una generación de bandas y artistas ha crecido con esta estación donde las obras y el repertorio nacional suenan sin pensar en cuotas de cumplimiento de programación o en espacios para rellenar con música local. Un espacio de amplia recordación que se tuvo fue *Cuatro Canales*, dedicado enteramente a la producción nacional

llevada a cabo por las bandas en aquellos años. Por allí desfilaron y sonaron bandas de Bogotá, Cali, Medellín, Manizales, Bucaramanga y más ciudades en todo tipo de estilos. Un espacio que cada domingo estuvo al tanto de aquello que se estaba haciendo en cuestión de rock y otras inversiones nada rentables en el país.

El segundo tiene un nombre ya enquistado en doce ediciones: Rock al Parque. Después de haber tenido pequeñas experiencias en auditorios, bares y plazas públicas donde las bandas tocaban y había un público que las seguía, qué mejor entonces sería que reunir las en un festival en los parques distritales y ofrecérselas en conciertos gratuitos al público capitalino. Y si a esto le añadimos unos cuantos invitados nacionales y de otras coordenadas, se lee bien. La idea se ha mantenido si nos quedamos con ese análisis rígido. De todos modos, mírese por donde se mire, se diga lo que se diga de él, es la más grande reunión de rock nacional que año tras año se lleva a cabo. Muy seguramente es la mayor cantidad de público reunido que una banda de rock nacional tenga durante su vida artística.



El concierto de Ancón de 1971 es una referencia para las juventudes de los setenta y el Concierto de Conciertos de 1988 lo es para los de los ochenta. Unos ven a Rock al Parque como la cuota de rock nacional con la que se cumple anualmente (difícilmente se pueden ver tantas bandas nacionales reunidas en un fin de semana en uno o varios escenarios). Otros dicen que tiene la culpa de que el rock nacional no surja debido al carácter gratuito de las presentaciones, porque muy pocos quieren pagar luego por ver bandas y esperan verlas sin pagar un peso durante el festival. Y si a esto le añadimos la piratería de las producciones nacionales, la gente va al festival a ver las bandas que ha copiado de sus amigos, los discos piratas que ha comprado o, en estos últimos años, los archivos de MP3 que ha descargado. Se siguen escuchando las voces de

aquellos que piensan que es un festival donde vienen bandas de afuera a tocar y una que otra cosa buena nacional se puede ver. Si nos aferramos a ese argumento, la lista de bandas internacionales destacadas es importante para un país donde del rock no se vive. Gratis se han visto bandas de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Perú, México, Finlandia, Ecuador, España que difícilmente un promotor se arriesgaría a traer. Algunas de las que se han visto, sí son bandas que viven del rock desde hace años. De vez en cuando aparecen voces diciendo que es la más grande reunión de juventud descarriada en un fin de semana donde las drogas y la violencia están a la orden del día. Puede ser que Rock al Parque tenga esto o no lo tenga, pero seguirá habiendo festival mientras haya alcaldes que lo apoyen como “espacio de convivencia”, “experiencia de inclusión social” o cualquier otro argumento que un asesor le diga que debe decir para justificarlo.

En doce ediciones, ha tenido varias formas de realización. Desde la rotación de escenarios usando parques como el Simón Bolívar, Olaya Herrera, Renacimiento o Tunal y el teatro al aire libre de La Media Torta, pasando por la duración de tres, cuatro o siete días. Teniendo eventos previos de selección artística ante jurados y público (tortazos) o audiciones cerradas, pasando por lluvia o sol. Agrupando las jornadas por estilos como el *(neo) metal*, el *ska*, el punk, lo alternativo, el rock con elementos locales y hasta aquellos sonidos de la electrónica.

El festival nace de la idea de presentar esa escena musical que emergía en los noventa y es la misma de la cual pocos sobreviven. Tan sólido es para tener doce ediciones, pero es tan frágil que depende del presupuesto del Instituto Distrital de Cultura y Turismo para poderse llevar a cabo. Si hacemos memoria, entre 1995 y 1997, el festival se realizó en el mes de mayo, pero fue en 1998 cuando se empezó a realizar en el mes de octubre, principalmente. Sucede que en ese año, la directora del IDCT decía que era mejor destinar el dinero del evento a otros proyectos. Ante semejante declaración, la comunidad rockera bogotana y nacional protestó. Varias cartas de petición fueron



firmadas por los músicos y el público colombiano, devolviéndole a la ciudad el festival recargado con presupuesto y con más bandas para ver.

Cada edición ha traído bandas para recordar, bandas para olvidar, bandas que pasaron a mejor vida y una que otra colaboración internacional. Rock al Parque ha sido material de registro en radio, prensa escrita, páginas de Internet, televisión, fotografías, documentales, camisetas, calcomanías, afiches de todo tipo y hasta tesis universitarias. Pero curiosamente, el único registro brindado por el IDCT fue un libro de fotografías editado en el año 2002. No hay discos recopilatorios ni videos con imágenes del festival que se comercialicen o mantengan la memoria del festival en casa. Y parece ser lejano el día en el que esto se lleve a cabo.

En este momento, enero de 2007, La Radio-difusora sigue atenta a los sonidos nacionales, ya con un nuevo ropaje: Radiónica, con cubrimiento en otras ciudades del país. Es la vitrina sonora de las producciones nacionales, que en otros lados no van a tenerse en cuenta. Se espera, según Martha Senn (actual directora del IDCT), que haya más ediciones del festival en los años próximos. Pero ya conocemos cómo es el juego de la política. Siempre, pero siempre, se dirá la verdad por el momento, aunque después sea posible comprobar que todo era una mentira desde el principio. Siempre, pero siempre, habrá que mantener a la gente contenta, aun si luego el tema de interés sea otro.

Tenemos canciones, tenemos bandas, tenemos discos, tenemos sellos, tenemos videos, tenemos medios, tenemos nada

Pocas fueron o han sido las sonrisas luego de haber tenido discos en compañías multinacionales de algunos grupos que allí estuvieron o todavía están. Inclusive, una puerta que nunca se abrió, y que se llamó Delírica, fue la contribución de EMI Music al rock nacional de mediados de los noventa. Si hay (tan buenas) bandas de rock en Colombia, ¿por qué no hay quién

compre sus discos, o radios comerciales donde se escuchen y se recuerden, a la par de aquellas que provienen de afuera, en inglés o en español? A pesar de tener una emisora que dice ser *El Planeta Rock*, o de otras que hablan de estar pendientes del rock nacional y que hacen “vibrar” al público, el rock nacional parece seguir siendo la actividad marginal de unos cuantos jóvenes, que

no lo pueden asumir como modo de vida. Los que se atreven a vivir del rock, tienen historias entre Colombia y fuera de ella, porque en el país, se agotan rápidamente las posibilidades de expansión.

¿Por qué con un festival como Rock al Parque, modelo para otros países y deseo para otros tantos, no hay experiencias significativas comparables a las de grupos mexicanos o argentinos de rock en materia de ventas y masificación? ¿Qué manía la de estar comparándonos con ejemplos de otros lados! Seguiremos buscando respuestas a preguntas de opción múltiple.

La respuesta real y efectiva de la existencia del por lo menos el 90 por ciento de las bandas de rock en Colombia en los últimos quince años se llama independencia. Se trata de crear para ser dueño de algo que puede contar y narrar una experiencia, un gusto, y de hacer ver que hay algo que se tiene para decir. Así es como, frente a la búsqueda de opciones –que muy pocas veces se

vieron– de estar en sellos grandes, los artistas mismos abrieron (y abren) trochas y caminos con sellos como Hormigaloca, Viuda Negra, Eje, Hateworks, Silent Sounds, Resaca, Lorito, Debelis, Talismán Music, Cinismo, Tun Tun, Koala, Tropical Punk y otros





... nombres que, en los últimos diez años, han sido capaces de resucitar al maltrecho rock de nuestros tiempos. Mención especial de diferencia viene por el lado del sello MTM, que apostó por varios artistas entre 1994 y el 2001, ofreciéndonos opciones sonoras que todavía se recuerdan, como Cathedral, Ultrágeno (en asocio con Hormigaloca), Yuri Gararin o el compilado Subterránea.

Han sido estos últimos diez años, los momentos para conocer y ver a bandas como Morfonia, Los Elefantes, Pornomotora, De2, Sha-I, Odio a Botero, Defenza, Doctor Krápula, Skartel, Rey Gordiflón, Alerta, Tr3s de Corazón, Injury, Superlitio, Bloque, Nadie, Posguerra, El Sie7e, La Severa, Octubre Negro, Mr. Fong, Polikarpa y sus Vi-

El padre Estado ofrece algunas cositas para que el rock nacional siga sonando, la madre Medios sigue empeñada en hacerlo visible (abnegada madre ella) y el espíritu gratuito termina por darle palmadas de respaldo que lo hacen caer y levantarse, como en las estaciones del *via crucis*. Y no falta quién le dé de beber vinagre para hacerlo desfallecer.

... ciosas, Danny Dodge, Ethereal, Ingrávidos, Los Wheel, La Familia Bastarda, Dogma Sinaca, Raíz, Sagrada Escritura, Los Árboles, La Fábrica, 69 Nombres, Ingrand, Neus, Masacre, Corporación Macondo, Juanita Dientes Verdes, Internal Suffering, Legend Maker, Radiosónica, Kilcrops, León Bruno, Ion, Triple X, Mugre, Las Malas Amistades, Cielomama, Nawal, Conagua, Diva Gash, Señal Nocturna, Coffee Makers, Planeta Rica, Koyi K Utho, Pr1mal, Massive Experience y un número más proveniente de distintas ciudades. Cada una con canciones y discos gestionados casi en su totalidad por ellas mismas o por los sellos independientes. Una cosecha especial de sonidos germinados con el talento y las condiciones técnicas y humanas que esta tierra tiene para ofrecer. (Lo que se entienda por eso, sea bueno o malo, queda a gusto del lector).

Algunos de ellos, al darse cuenta de cómo el panorama para el rock en Colombia se agota rápidamente, han decidido emprender avanzadas hacia otros países. Aquí se lanza un disco, se hacen presentaciones en algunos bares, uno que otro concierto en otra ciudad se lleva a cabo, los discos se distribuyen en tiendas especializadas o en las más grandes quedan en lugares no tan visibles, se hacen algunas menciones en prensa, y con buena suerte, espacio para tocar en Rock al Parque hay. Pero más por hacer, es poco. Así es como algunos han salido del país con la idea de tocar, de hacer presentaciones y ser escuchados en escenarios con otros acentos y público. México, Estados Uni-



dos, Canadá, Suecia, Venezuela, Ecuador, Perú, Checoslovaquia, Chile, Alemania, Francia, España, Brasil, Inglaterra y otros países han visto bandas colombianas. O al menos eso es lo que nos dicen quienes han tocado allá. Algunas bandas han tenido la osadía de quedarse a vivir fuera del país por un buen tiempo o de montarse en camionetas, ir de una ciudad a otra en largas jornadas, tocar en pequeños o medianos auditorios, sufrir desengaños y tener unas cuantas alegrías sólo por tocar y cantar. Para muchos, en Colombia, la vida alrededor del rock no tiene nada que ver con cualquier video de Bon Jovi o la sofisticada elegancia y zonificación de un canal de videos llamado MTV Latino. Tampoco tiene que ver con hacer versiones de bandas legendarias para presentarlas en la tarima del Hard Rock Café para ejecutivos con alma juvenil perdida y desbordada en la nostalgia de lo no vivido.

Entonces, si el interés masivo del rock nacional pasó a un "no se sabe cuál plano" en la radio, la prensa y la televisión en los últimos años, hay que mencionar de nuevo las experiencias de comunicación de nicho que se han presentado en los últimos diez años. Desde la extinta revista *La Rosca*, llegando al clásico fanzine de fotocopia *Yo Primis*, y al periódico gratuito *Suburbia*, pasando por páginas de Internet como *carloncho.com*, *reggaecolombia.com*, *punkcolombia.org*, *ciudad-momia.com*, *metalfrio.net*, *zonagirante.com*, *factormostaza.com*, *musicnpop.com*, *tricolrock.com*, espacios radiales en emisoras universitarias, experiencias en televisión como Musinet, Canal 13, Mucha Música, Canal Capital y algunos canales locales, comunitarios o regionales (con buenos resultados o también fracasos que fueron un completo éxito), y la existencia de revistas como *Shock*, *Disidencia* o *Rolling Stone*, las cuales han querido a su modo contar qué hay, qué es lo que suena o qué es lo que sucede en materia de rock nacional. Ahora, con la avanzada de páginas y comunidades especializadas en esa sociedad digital de errores y aciertos llamada Internet, proliferan



las bandas con su página propia, y un creciente número de bandas que coleccionan contactos en *myspace.com*, algunas creyendo además que será su nueva plataforma de lanzamiento y difusión.

Ya para decir que nos toca estar aquí

Estos años han sido suficientes para llegar a decir que había algo y que puede seguir habiéndolo. O si nunca lo ha habido, del sueño se ha de despertar para hacerlo. Hay música para dar rienda suelta a su presencia en este país, el mismo del Sagrado Corazón. Pero más bien digamos del Sagrado Corazón, porque de todo menos ayuda divina ha tenido el rock nacional para seguir vivo. Corazón puede tenerlo, al fin y al cabo los vivos son los que cantan, los muertos no sabemos si todavía lo hacen. Hay sangre derramada todos los días y el rock no es, de todos modos, la manera de hacer que esto se acabe. Nada de bendiciones ni de respuestas divinas se han tenido en este tema. El padre Estado ofrece algunas cositas para que el rock nacional siga sonando, la madre Medios sigue empeñada en hacerlo visible (abnegada madre ella) y el espíritu gratuito termina por darle palmadas de respaldo que lo hacen caer y levantarse, como en las estaciones del *via crucis*. Y no falta quién le dé de beber vinagre para hacerlo desfallecer.

Todavía el rock en Colombia parece sufrir una suerte de prevención por parte de la prensa masi-

va y ni se diga en particular por parte de la radio de las grandes cadenas. Se le mira con asco, con prevención, con recelo, con extrañeza, con rudeza, y no se ha captado su papel dentro de la sociedad contemporánea. Al fin y al cabo, no importa si lo tiene, cada generación de las últimas cuatro o cinco que han vivido en Colombia han tenido su momento en el rock. Al igual que tantas otras cosas, se hará por uno mismo y para unos cuantos interesados. Después habrá que volver a la vida diaria, pagar impuestos, ver las usuales atrocidades de los usuales agentes involucrados en el conflicto armado de los últimos cincuenta años, ver las luminarias del momento en movimiento o en fotos, y una que otra cosa que dejará al rock nacional en las condiciones óptimas para seguir siendo hecho: ganas de decir algo frente a la vida que nos tocó vivir en Colombia.

Algo ha de tener este país si en él se murió el argentino-uruguayo-francés Carlos Gardel, se desintegró el combo mestizo francés de la Mano Negra y salió la banda venezolana Dermis Tatú.

JOSÉ ENRIQUE PLATA

Economista de la Universidad de los Andes, con estudios de especialización en periodismo en la misma universidad. Ha sido curador del Encuentro Electrónico del Teatro Jorge Eliécer Gaitán entre los años 2002 y 2005. Viaja cuando puede, vive como puede, pero con ánimo y con amor. Ha publicado artículos de música y economía en revistas y páginas web de Colombia, Perú, Venezuela, España y México.

25 claves sonoras para entender el rock de los últimos años en Colombia

1. 1280 Almas: *Háblame de horror* (1993). Una declaración de principios de una banda que ha estado rondando las calles de Bogotá como testigo de sus penas y sus glorias.
2. La Derecha: *La Derecha* (1994). Otra manera de comprender a Bogotá, como una coraza sonora llena de baches y esperanzas.
3. Catedral: *Catedral* (1995). Los sueños de una banda de amigos adolescentes pueden hacerse reales. Una aproximación al rock alternativo de los noventa con estampa bogotana.
4. Marlohábil: *Marlohábil* (1995). Una leyenda sonora de cuatro temas, editado en casete. Documento sonoro de una banda que iba a dar el gran salto, pero otros fueron sus caminos.
5. Danny Dodge: *Danny Dodge* (1994). ¿Qué sucede cuando tres amigos se unen a cantar con una chica con linda presencia y melodiosa voz? Se juega a ser la banda que le podría abrir a Pixies o a Jane's Addiction y hasta se graba disco. Además, lo lanzaron en casete.
6. Aterciopelados: *El Dorado* (1995). Ya habiendo terminado la etapa de bares, Aterciopelados empezó a salir de Bogotá y de Colombia a presentarse. Y la historia no fue la misma.
7. Los Árboles: *Los Árboles* (1997). Medellín ha tenido en esta banda uno de secretos sonoros mejor guardados del país. Una apuesta por el rock, la variedad lírica y la diferencia.
8. Ultrágeno: *Ultrágeno* (1998). La combinación ideal de rock y tensión de fin de milenio. Bogotá y su mente en cuatro jóvenes de esa época. Corrosivo y bello hasta más no poder.
9. Superlitio: *El sonido mostaza* (1999). Cali tiene en esta banda la combinación ideal

- para mostrar el lado alegre que no tiene que ver con la salsa.
10. Planeta Rica: *Volumen 99* (2000). Medellín tuvo en este trío una interesante vía para comprender el pop electrónico y el aire de ciudad.
 11. Gaias Pendulum: *Vite* (2000). Una banda de Medellín de alta factura en el mundo del metal, con una presencia sonora admirada en otras latitudes por igual.
 12. Los Elefantes: *Los Elefantes* (2000). Porque el ska y los sonidos de Jamaica se pueden escuchar y hacer con respeto en Colombia y suenan divertidos todavía.
 13. Sha-I: *Sha-I* (2000). Trajo tanta vitalidad como sorpresa en su presentación en Rock al Parque en el 2000. Todo pintaba bien... Conciertos, discos, notas de prensa. Y ahí se quedó todo.
 14. La Pestilencia: *Balística* (2001). La Pestilencia, banda consolidada dentro del circuito subterráneo nacional, pudo con este disco ampliar sus horizontes sonoros al entrar a formar parte del sello multinacional Mercury.
 15. Elamarillo: *Audio indeleble* (2001). Músico de Medellín que supo entender el estudio como lugar de desarrollo de ideas, uniendo a su trabajo las experiencias propias de quien vive en Medellín.
 16. *Compilado Exhimus*: (2003). Una propuesta lanzada por el Museo Nacional, la cual logró hacer que nuevas generaciones asistieran al museo y se inspiraran en él. Pasó desapercibido, pero es necesario escucharlo para entender otras opciones.
 17. IRA: *Epidemia de infección respiratoria aguda* (2003). Baluarte del punk colombiano y latinoamericano, con este disco la banda de Medellín cosechó nuevos seguidores y reafirmó los del pasado.
 18. Pornomotora: *Invitación* (2004). Interesante prueba sonora de una banda que se conformó en las escuelas de rock y rap de Bogotá (Tejedores de Sociedad), combinando rock visceral con ideas de experimentación provenientes de músicos electrónicos.
 19. Supervelcro: *Luciferina* (2004). Luego de la experiencia de Estados Alterados, Tato Lopera presentó junto a Tana Vallejo y Rodrigo Mancera un conjunto de canciones pop rock de alta factura.
 20. Odio a Botero: *Receta original* (2004). A medio camino entre el absurdo, la crítica y el desparpajo lírico, Odio a Botero presentó este disco, que supo sacar la risa cuando más se necesitaba.
 21. Goes: *Crucero* (2004). Federico Goes es un talentoso artista de Medellín, capaz de moverse en el rock y la electrónica como solista o como miembro de agrupaciones. Uno de los mejores discos de ese año.
 22. Koyi-K-Utho: *Mechanical human prototype* (2005). Un ejercicio de aprecio por las tendencias del rock industrial, el metal y unas cuantas sonoridades contemporáneas.
 23. Nawal: *Del fuego y la palabra* (2005). La banda bogotana de reggae tuvo en este disco debut su mejor carta de presentación. Temas de exploración en la movida de Jamaica y las letras sociales han hecho de este disco uno de los más apreciados en el país.
 24. Las Malas Amistades: *Jardín interior* (2005). Tocando entre amigos y sin saber cómo hacerlo, estos artistas grabaron tantos casetes como pudieron. Y hasta dos discos en compacto tienen.
 25. Héctor Buitrago: *Conector* (2006). Años después de haber pasado por La Pestilencia y aún militando en Aterciopelados, Héctor Buitrago se da el gusto de presentar un disco donde une su aprecio por la electrónica y su búsqueda espiritual.